

José Guadalupe Posada; con la historia en los huesos

Santiago Espinosa de los Monteros*

¡¡NO RASPEN, QUE DESCASCARAN!!



El pueblo asombrado ve como un ejército de navajas corre a hacerle la barba a don Porfirio (El Diablito Rojo, 21 de enero de 1901).

La obra de José Guadalupe Posada abarcó tantos y tan variados espacios expresivos, que cuando a la distancia de cien años de su desaparición física se lanza por decreto una mirada a su legado, encontramos que como Nación, apuradamente podríamos explicarnos sin sus propuestas visuales y su incansable trabajo.

Si ubicamos a Posada en el contexto histórico, descubrimos que es una especie de habitante de privilegio en uno de los momentos más convulsos de nuestra historia y, por lo tanto, tiempo coyuntural que a los años visto, nos define y permite el atisbo de las estructuras políticas y sociales del país que hoy somos.

Posada estuvo ahí, en el lugar exacto y a la hora precisa. Esto por sí solo no basta, también fueron fundamentales su aprendizaje en las artes gráficas que dominaba como pocos y, simultáneamente, un ojo lleno de humor, un carácter aplomado que le permitió tener posición ante los hechos que le rodeaban, y sobre todo su arrojo, que no era poca cosa, en tiempos donde una sátira costaba la cárcel, la destrucción de la imprenta o incluso hasta la vida.

Posada nació en Aguascalientes, en 1852. Es el año en el que se desconoce al entonces presidente Mariano Arista y se invita a que regrese el general Antonio López de Santa Anna, esta vez desde Colombia. Cuando el niño José Guadalupe tenía 6 años, Juárez debate el poder contra Félix María de Zuloaga lo que da inicio a la Guerra de Reforma.

Mientras era estudiante y hacía sus primeros trabajos, la Junta de Notables, en realidad una comisión de imperialistas, ofrecía en Austria el trono a Maximiliano de Habsburgo, se le trajo a México, reinó y fue fusilado unos años después en Querétaro. Juárez vuelve a asumir la presidencia, nacionaliza los bienes del clero, Porfirio Díaz era ya General y nuestro personaje un destaca-

do grabador quien comienza una de las producciones visuales más generosas de su época sin que él mismo, por supuesto, tuviera dimensión de la monumental empresa en la que se aventuraba.

Estamos ante un obrero de la gráfica que confecciona infinidad de imágenes. Portadas de libros, cajetillas de cerillos, juegos como la lotería o el circo, carteles, etiquetas, cajas para puros, vitolas y, por supuesto, sus famosísimas hojas volantes que ilustran la vida cotidiana narrando, de manera más que ingeniosa, los acontecimientos populares.

Entre sus primeras contribuciones editoriales están las que hizo para la revista *La Patria Ilustrada*, editada nada menos que por Ireneo Paz, abuelo de Octavio Paz (quien asegura que entre las razones de la fascinación que él sentía por el grabador, se encontraba justamente el hecho de que ahí publicase; Octavio nació en 1914, un año después de la muerte de Posada...)

Cuando Posada ponía el ojo en los grandes acontecimientos populares, sus trabajos eran —y siguen siendo— inigualables. Asesinatos, temblores, inundaciones, asaltos, accidentes callejeros, incendios, son constatados con la frescura de quien cuenta no sólo con claridad, sino de manera simultánea dando al lector la información de la que era poseedor en el momento de la hechura de la pieza.

Ahí y en la mayoría de sus obras, estaba muy lejos de tener un tono moralizador. No intentaba cambiar nada, incidir en la opinión del pueblo o de los políticos a quienes satirizó.

Su voz era la de un ciudadano de a pie, la de un impresor de oficio que, ya lo sabemos, nunca se asumió como el enorme artista que hoy tenemos como uno de los pilares de nuestra iconografía nacional.

Retratar a una sociedad que por esos años se debatía entre la extraña manera oficial de ser aspiracionalmente europeizada contra el natural temperamento jolgorioso y deshilvanado del pueblo, fue quizá uno de los mayores aportes de su trabajo. Hizo crónica de una sociedad a la que sencillamente plasmó sin otro afán que el de constatar los modos, costumbres, leyendas y sentimientos de un conglomerado urbano que, formado por personas que como él venían de muy diversas partes de la República, estaban configurando la compleja sociedad que era cimiento de la posterior ciudadanía moderna del primer cuarto del siglo XX.

Una persona fundamental en su formación fue Manuel Manilla, quien seguramente es el responsable directo de las primeras calaveras dibujadas por Posada. De él hay muy pocas referencias. Se sabe que era alto y delgado, pero no se cuenta con fotografías suyas. Murió en 1892, a casi diez años de compartir con Posada el mismo taller del legendario Vanegas Arrollo.

Posada, atento como era a las maneras expresivas que le rodeaban y al trabajo de sus colegas, sobre todo en su época de formación, puso el ojo también en las formas compositivas de grandes maestros como Constantino Escalante y Santiago Hernández, quienes desde *La Orquesta* mandaban puntuales dolores de cabeza a Juárez, Lerdo, Iglesias y a todo el conglomerado de allegados que por esos momentos tomaban decisiones (o al menos eso intentaban), en mitad de las revueltas ideológicas y de congresos rebasados de pomposos discursos enfrentados y discordes.

Dígalo si no su trabajo realizado en *El Jicote*, en 1871, donde la estructura dibujística de sus piezas, la disposición de los personajes en el plano e incluso hasta el humor y el lenguaje utilizado, es el dominante de otras publicaciones que ya habían probado su efectividad y ganado la aceptación del público y, por supuesto, el afortunado repudio de los políticos.

Este recurso de los textos dentro de los planos del dibujo, es utilizado por él ya en muy contadas ocasiones una vez que comenzó a poblar su trabajo con las entrañables calaveras. Quizá una de las últimas piezas en la que lo usó sea: "DE ESTE FAMOSO HIPÓDROMO EN LA PISTA, NO FALTA NI UN SOLO PERIODISTA, LA MUERTE INEXORABLE NO RESPETA, NI A LOS QUE VEIS AQUÍ EN BICICLETA".

Mejor conocida sencillamente como *Las calaveras de los periódicos de la época*, este grabado lleno de humor deja ver a un conglomerado de representantes de los diarios convertidos en esqueletos que representan a *La Voz* de

México, *Patria, Universal, Tiempo, Partido Liberal, Gil Blas, Siglo XIX, Quijote, Fandango, Raza Latina, Siglo XX*, y una extraña calavera femenina montada en una bicicleta con ruedas cuadradas que lleva por nombre "Casera".

En 1900, y en mitad de los festejos del Centenario de la Independencia, llegó a los cielos el Cometa Halley. Narran las crónicas los vaticinios del fin del mundo y otras catástrofes. José Guadalupe Posada ficcionó con gran humor un diálogo entre la tierra y el propio cometa:

Dialoguito de Mamá Tierra con el D. Cometa Halley

El Cometa:

—¡Uy, que te mato a tus gentes!
¡Uy, que te envuelvo en mi cola!
¡Uy que les clavo mis dientes
Y te vas a quedar sola!

La Tierra

— ¡Ay Don Halley, por favor,
Tenga piedad de mis hijos,
Que aunque ingratos los canijos
Los adoro con amor! [...]

El Cometa

— Vaya, comprendo tu pena,
Pero están tan consentidos
Que te estoy mirando llena
Ya tan sólo de bandidos
Mas no a todos mataré,
Los buenos se salvarán,
Un hogar respetaré,
Para otra Eva y otro Adán...

La Tierra

— ¡Caracoles, qué consuelo!
Me vas a dejar sin gente,
Me vas a dejar al pelo...
¡Vaya un tío más imprudente!



...y el texto alargado sigue constatando una divertida conversación inverosímil, rematando en que La Luna, quien ha entrado a la plática, invita a El Cometa a que "Echemos unos coheteros / Y alguna lluvia de estrellas, / Unos fuegos muy bonitos / Con luces grandes y bellas. / En eso debe ocupar / Los días que lo ven del diario / Celebrando así al pasar / ¡Las fiestas del Centenario!"

Posada sabía que a quienes se dirigía tenían un apetito por el escándalo y lo sensacional; conocía de las debilidades educativas y la idiosincrasia de sus receptores a quienes hablaba no desde las altas esferas de la cultura inaccesible, sino desde el ser uno más de todos en la calle. Desde la ventana de su taller en el centro de la ciudad, miraba pasar el mundo, y el mundo, sin duda, sospechaba que detrás de unos vidrios de superficie irregular estaba un hombre con un buril que día con día daba cuenta de las entrañas de un país que se estaba formando.



Esta imagen representa la evolución de Madero: el primer cuadro lo retrata en 1910, pequeño e ignorado por el pueblo, mientras que el segundo lo muestra, en 1911, como un gigante al que todos reverencian (La Guacamaya, 30 de abril de 1911). "Anónimo, "La metamorfosis de Madero", La Guacamaya, núm. 4.30 de abril de 1911, p. 1.

Posada inundó las calles con sus hojas volantes. Esa era la razón original de las piezas gráficas multireproducidas. Grabados maravillosos iban de mano en mano, con la vocación de lo que es para todos. Cuando en la actualidad encontramos series de grabados (o litografías, serigrafías, mixografías y otras técnicas más), de tirajes limitados, numerados con mucho cuidado, firmados en directo cada hoja y posteriormente puestos en circulación a un selecto público que paga cantidades importantes por esas piezas, sentimos la necesidad de recapitular, poner la mirada de nuevo en la obra de Posada y su manera de hacer llegar su trabajo a las mayorías. Esa es, en estricto, la vocación primaria de la gráfica.

Por ello, resulta inquietante que su obra hoy se encuentre exhibiéndose en museos, galerías, y reproducida en cuidadas ediciones de libros de arte. Quizá Posada sería el primer sorprendido al enterarse que el trabajo diario, aquel que servía para hacer reír, informar, compartir canciones, contar desastres, denunciar malandrerías o reírse de algún político, está ahora en gavetas especiales y en condiciones de humedad, iluminación y temperatura controladas, justo como no estuvieron cuando salían de su taller a manos de chamaquitos de pantalones arremangados, quienes las vendían bajo el sol, la lluvia, en mitad de una tolvanera o que se doblaban y guardaran descuidadamente en la bolsa sencilla del pantalón de un obrero.

Su trabajo es muy anterior a piezas de creadores que después de él hicieron obras donde parecería que en algún momento de sus trayectorias pasaron frente a sus ojos algunas obras de Posada, en especial las calaveras que tanta y merecida fama le han dado. Baste revisar piezas de Odilón Redón (*El apocalipsis de San Juan*, 1899); Francis Picabia (*La revolución española*, 1938); George Rouault (*Los muertos de pie*, 1927); Otto Dix (*La guerra. Cadáver en una alambrada*, 1924); George Grosz (*Los muertos de pie*, 1927) y otras más cuya vocación expresiva es formalmente similar.

En México, su brutal influencia recae desde el enorme Leopoldo Méndez, pasando por Everardo Ramírez hasta el controvertido Arturo García Bustos. En las generaciones más recientes, Felipe Ehrenberg es quizá uno de los más consistentes creadores visuales, cuya obra ha estado siempre habitada por el espíritu de Posada, tanto es así, que él mismo es portador de la obra *Homenaje Vitalicio a José Guadalupe Posada*, y que consiste en un tatuaje realizado en 1976 por Ruth Marten acerca de un diseño del propio Felipe Ehrenberg sobre su mano derecha.

Germán Venegas y Demián Flores, dos creadores de enorme fecundidad, han heredado de alguna manera la visión *Posadiana* del mundo y han asumido que las calaveras no son aquello que está dentro de los cuerpos ni son sólo una estructura recubierta de carne y vísceras, sino que son el todo en sí mismas y desde ellas la potencia expresiva se exacerba en tanto está despojada de afeites y accesorios. Si algo nos queda claro, es que José Guadalupe Posada dibujó la calavera de la Nación.

Don Lupe, como le llamaban con afecto sus amigos, quizá jamás imaginó que dos jóvenes estudiantes que pasaban por afuera de su taller rumbo a la escuela de artes y que eventualmente se metían a mironear sus papeles, estaban llamados a ser pilares de la pintura mexicana: Diego Rivera y José Clemente Orozco. El primero, tal vez uno de los autores que puso el nombre de Posada en la palestra después de Jean Charlot, escribió: *Seguramente, ninguna burguesía ha tenido tan mala suerte como la mexicana, por haber tenido como relator justiciero de sus modos, acciones y andanzas, al grabador genial e incomparable Guadalupe Posada*.^{*} Esto lo dijo en la prestigiosa revista *Mexican Folkways* dirigida por Frances Toor.

Hoy nos vestimos con sus dibujos, nos ponemos para andar de fiestas y conmemoraciones los trajes de la muerte, de *La Catrina* (originalmente *La Garbancera*), de los cientos de esqueletos que dibujó representando al pueblo al que amó y al que dio voz a partir de la vastedad de su trabajo que dejó pocos resquicios no ocupados por su mirada.

Posada murió en 1913, hace ya cien años. Por escasos días no vio morir a Madero ni usurpar el poder a Victoriano Huerta. Pertenece irreductiblemente a una época, es hombre de su tiempo y cada uno de sus pasos está fechado y unido a un acontecimiento. Su obra, en cambio, rebasa sin duda su época y trasciende con la misma frescura con la que fue concebida desde el primer día. Vaya lección la de Posada: enseñarnos tanto, sin querer enseñarnos nada.

^{*}Santiago Espinosa de los Monteros (ciudad de México, 1956), es licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana; cuenta con amplia trayectoria como crítico de arte. Ha colaborado en diversos diarios y revistas de México, Venezuela y Colombia. Ha sido miembro del Consejo Editorial de diferentes revistas; jurado en múltiples concursos y bienales. Asimismo ha sido Agregado Cultural de la Embajada de México en Venezuela y Consejero Cultural de esta Embajada en Canadá.

